

«prometo regresar contigo a Madrid y entregarte mi blanca mano, Lili»

Y Pocholín, conmovido, sobre todo por los «cariñosos» calificativos que le regalaba su futura, se puso de guardia permanente junto al receptor de televisión en espera del retrato prometido.

* * *

(Entre paréntesis). Los papás de Lili —¡oh, el progreso!— no se preocuparon gran cosa de la ausencia. Tampoco, bien es verdad, se habían preocupado antes muy mucho de su educación. ¿No era un ser razonable, independiente, libre de hacer su santa voluntad? ¿Y no eran esas las teorías pedagógicas más en boga: la libertad absoluta de los niños para educarse ellos mismos como quieren y cuando quieren? No averiguaron a dónde se había ido: únicamente —¡los intereses son los intereses!— dieron parte a la policía aérea del robo de su monoplaneo. ¡Por si acaso! Y se pusieron a esperar los acontecimientos!

¿Que os parece? ¡Eso es civilización y paternidad consciente y progresiva, no la que se usaba cien años antes, allá por 1930, en la reaccionaria España!

* * *

Pasó una hora y otra y otra. Transcurrieron hasta quince horas después de la recepción del radio por Pocholo. Y él, terco que terco, al lado del aparato ¡Para que luego digan que el amor no es constante! ¡Quince horas ya de espera, en esos tiempos!!

Durante su guardia pasaron ante su vista mil y mil fotografías que de todo el mundo venían galopando por los aires y que se remitían novios a novios, padres a hijos, hermanos a hermanos, etc. Alguna que otra recogió en papel, creyendo a primera vista que era de su amada y sufriendo decepción. Oyó anuncios a montones y lecciones de inglés y música de «jazzhand». Y mil ruidos inexplicables...

¡Al fin! Sí; ella era. Oyó su voz, la voz de Lili, que gritaba, Dios sabe desde que país: —«¡Allá va! ¿Te gusto? ¿Dónde estoy?»— y apareció su imagen.

Mas, ¡horror! Lucía sobre el antes fino labio superior, con su corazoncito en rojo, un bigote, un enorme bigote negro, de largas guías, de monstruosas guías.

Pocholo a poco se desmaya. ¡Cómo! ¿Su Lili con bigote? ¿Y tan grande? ¿Y tan anacrónico, propio de un gendarme francés del siglo XX? ¿Y en tan pocas horas surgido?

A su suegra la podría sufrir con un bigote así. A su mujer, no y no y mil veces no. Y por eso, Pocholo, apesadumbrado, sin meterse en más averiguaciones, rompió la fotografía que tanto había anhelado, no contestó a la pregunta de su novia, no fué a buscarla a Australia... y se caso al día siguiente con Loló, que no tenía bigote... aunque tampoco tenía vergüenza.

* * *

Pasaron unos días y se encontraron en la calle Lili y Pocholo. El hombre quedóse sorprendido al ver a su antigua novia sin bigote, más bonita que nunca y del brazo de un guapo chico. Y, sintiendo una envidia atroz y una rabia más atroz todavía, trató de pasar de largo.

—«¡Adiós, Pocholo!» —le gritó Lili. —«¿Ya no me conoces? ¡Chico! ¡Gracias por no haber ido a buscarme a Australia! Así he podido casarme con este buen mozo, que vale cien veces más que tú! Te lo presentaré: el campeón de boxeo, peso grillo, Tom Mariné. Mi antiguo novio, Pocholo Idiotez...»

* * *

Cuando Pocholo llegó a casa, rabioso por haber perdido tontamente a su Lili, «arreó» (¿no se dice así por los «niños-manzana»?) «arreó», repito, una patada «brutal» al aparato de radiovisión. ¡El pícaro le había hecho la travesura de interponer dos imágenes que iban por las ondas al mismo tiempo, y así, sobre el bello y sin vello labio de Lili, había puesto el bigotazo de un antiguo presidente de la República Francesa, Monsieur Poincaré, que, como curiosidad histórica, transmitía un sa-

bio historiador a una conferencia de Ciencias Históricas!

MORALEJAS:

- 1.º ¡Ojo con la radio!
- 2.º No os fiéis de las apariciones.
- 3.º Notengais prisa para casaros, etc., etc., etc.

José María Azpeurrutia.

No dimos aldabada en el teatro, en el literario y del sentimiento, de este «asco ilustre» (por el apellido «Azpeurrutia» creemos que vas congado sea), que al momento, no fuera respondida. Y luego la oferta generosa de tomar la casa, la efusión sin límites en el cariño. —¿Es un libro para la biblioteca de «Corazón» lo que se desea?

Pues ahí va, es decir, aquí está, el año 1921 «Lecturas Selectas», bella muestra —que dice el responsable en prosa o verso, del estilo de cada uno de los 211 escritores castellanos, a todo tiempo; y bella es en verdad.

Y otros libritos también, como «Lecciones Surtidas», «Los años maravillosos» —todas amadas, como se ve.

Pero en el que pasa su obra, donde fué en «Esencia viva», que sería una acabada perfección si no fuera que esto escribe no hubiera llegado al libro sus impericias.

De José María Azpeurrutia «Censura y prosugio del Cuadro de los Niños» de 1.ª Enseñanza e Inspector jefe en la provincia de Álava.

Volvé a leer el anterior cuento mío, que es muy gracioso, de mucha atención y de mucha «miga». Que sea expiquen.

Fábulas de «Corazón».

La aguja, el hilo y el dedal.

A las niñas de Amanza, con mucho afecto.

—Oh, qué labor más perfecta!... (dijo, con acento ufano, una aguja presumida que perfilaba un bordado) ¡Qué exactitud en los puntos a este realce le voy dando! ¡Qué suavidad de contrastes entre los rojos y blancos y qué precisa la escala de los matices dorados!... ¡Qué armonía en el conjunto, qué primoroso acabado!... ¿Quién me negará la ciencia y el arte con que trabajo?...